

## JOAQUIN SOROLLA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA EN LA ASOCIACIÓN DE PINTORES Y ESCULTORES, DE LA HABANA, EL 27 DE AGOSTO DE 1923, POR EL SR. JORGE MAÑACH.)

Señoras y Señores:



CIERTA mañanita blanca, en la primavera incipiente de 1912, vagaba, precoz y romántico, por el Jardín del Buen Retiro de Madrid, un mocito de pantalones cortos y largas ambiciones.

La hora era propicia para los descubrimientos maravillosos. Crujía la arena húmeda bajo la voluptuosidad del andar mañanero, comenzaba el sol a dorar los dorsos de los tritones y las nereidas del monumento—entonces ya casi terminado—a Alfonso el Pacificador, los botes, mecidos por la brisa, chapoteaban suavemente junto al embarcadero del Gran Estanque, y en lo alto de los árboles, en el tímido follaje de abril, una orquesta de verdezuelos y jilgueros parecía disonar y discutir en un gran ensayo general.

El chico—catorce años apenas tenía—se detuvo de pronto muy excitado. Entre las matas vecinas al estanque acababa de vislumbrar un caballete de pintor, y frente al caballete, paleta y pincel en mano, un hombre espeso, menudo y barbado que miraba foscamente al paisaje. La afición y la discreción pleitearon en el ánimo del muchacho; pero la afición ganó—¡a esa edad, todavía gana siempre el ideal!—, y hé aquí que el muchacho se fué acercando lentamente, subrepticamente, deseando ser un espíritu sin cuerpo, hasta colocarse detrás del pintor, que trabajaba, concentrado y veloz, en una mancha de la clara ribera.

No supo el chico después, a ciencia cierta, cuántas horas ha-